

LOS PREMIOS DE SANTA LUCIA

LAS fiestas organizadas para conceder premios literarios —hechas las necesarias excepciones— acostumbran a provocar recelos. Se ha prodigado tanto el noble juego propagandístico de la lectura y de los valores culturales a través de unas votaciones en que alguien, hasta entonces desconocido, se alza con el premio, que se teme por la inflación en el campo de las letras. El no muy boyante carro de nuestras ediciones ha podido seguir la andadura gracias a los concursos, pero a través de los años sus pasajeros son tantos que la armadura se resiente y las ruedas sufren. Pero, sin embargo, el balance es ampliamente positivo.

A veces, por circunstancias puramente externas, las fiestas social-literarias en que se conceden los premios son incómodas. Pero ello nunca ocurre con los Premios de Santa Lucía, recién concedidos. Según mi personal experiencia, esta gran noche de la literatura catalana, en la que se exalta a los escritores de nuestra área lingüística, es además el triunfo de la comprensión y del entendimiento en torno a unos valores comprendidos y sentidos por todos.

En la noche de Santa Lucía —la de ayer fue nuevamente muestra— los galardones que se conceden no son tan sólo fruto del claro juicio de unos jurados, sino que junto a las votaciones está la cordialidad, la participación animica de los asistentes. La cena es verdaderamente pretexto para poner de manifiesto unas afinidades espirituales, para afirmar comunidad en el sentir y en los anhelos. Sin muchas veces conocerse, los que acuden a esta gran velada literaria se sienten en un ambiente de mutua confianza y de tarea común. Y los premios que se conceden —con nombres que inspiran el mayor respeto— tienen el aura suplementaria, y no por ello menos importante, de un público que no es espectador.

Reconforta comprobar que el público —este jurado que refrenda de inmediato unas votaciones— aumenta de año en año. Ello compensa de la renuncia sentimental a que se han visto obligados los Premios de Santa Lucía. Por necesidades de mayor espacio se tuvo que abandonar el hotel donde tradicionalmente se concedían los galardones, junto a la catedral iluminada y la feria de belenes que a su protección se acoge, por otro con mayor capacidad. Es la servidumbre del éxito. Pero bienvenida haya sido, ya que el espíritu de comprensión, de identidad de sentimientos, se acrecentó.